

Capítulo 2

LA CARRERA A LA BAJA DE LOS SALARIOS

En el siglo xx, China sufrió la invasión de hombres de negocios extranjeros muy similares a aquellos que, cien años antes, Marx había descrito como capitalistas. Esto explica por qué, en 1994, cuando Pekín aprobó una ley que obligaba a suscribir en las fábricas contratos individuales y colectivos, muy pocos empresarios extranjeros la respetasen. Los 14 suicidios que tuvieron lugar en 2010 en la compañía taiwanesa Foxconn, que trabaja para Dell, Apple, Cisco e Intel, conmocionaron al mundo. El trabajador más joven tenía tan sólo 17 años y el mayor 28. ¿Qué llevó a estas personas a acabar con sus vidas cuando apenas estaban empezándolas? Según numerosos testimonios, las condiciones de trabajo en estas fábricas eran parecidas a las de un campo de concentración.

Aunque es cierto que, deseosas de atraer la mayor cantidad de capital extranjero posible, las autoridades chinas locales tampoco hicieron mucho contra las infracciones cotidianas de la ley.

Pocos meses antes de la tragedia de la Zhili, en una empresa de confección de Guangzhou, propiedad también de una compañía de Hong Kong, hubo un incendio y murieron 72 personas. Durante las indagaciones sobre el siniestro de la Zhili, 60 obreros murieron en otro incendio de una fábrica de Taiwán en Fuzhou. ¿Qué hicieron las autoridades? Ni abrieron la boca. Una mezcla de corrupción, ignorancia y permisividad hizo que los industriales extranjeros quedasen por encima de la ley y, tristemente, en los años noventa, los incendios en centros de trabajo fueron lamentablemente frecuentes.

Mientras, la corrupción de los funcionarios públicos se extiende. Unos meses antes del incendio de la Zhili, el alcalde de Kuichong salió en defensa de los propietarios ante las críticas de los inspecto-

res de Shenzhen y en una carta a éstos, en la que les recordaba la importancia de las inversiones de Hong Kong para el desarrollo de la región, les aseguraba que en la próxima inspección estaría mejorado el sistema de seguridad. Promesas que se llevó el viento, por supuesto; el mismo día en que enviaba la carta, la dirección de la Zhili aceptó aumentar las dietas diarias de los inspectores, todos ellos empleados del ayuntamiento. En un artículo de denuncia del triste suceso de la Zhili, un periodista chino se refería al acuerdo en estos términos: «Una transacción comercial en detrimento de los trabajadores y realizada en nombre del desarrollo económico del país».¹

El periodista no empleó la palabra «corrupción» por más evidente que fuera, pero no por simple prudencia, sino porque la terminología utilizada refleja a la perfección la relación de recíproca conveniencia que, en los albores de la nueva realidad económica china, vincula el régimen comunista con el capital extranjero. La explotación, a veces brutal, de la mano de obra es el precio que la sociedad china acepta pagar para crecer económicamente y que los políticos fomentan para salvar el socialismo.

LA CONCIENCIA DE CLASE CHINA

Más de diez años después del incendio de la Zhili, en un informe de 2006 de la *Economist Intelligence Unit* figura que el 40 por ciento de los obreros de la industria de la construcción trabaja sin contrato. Aunque hayan mejorado las condiciones en las fábricas, la seguridad en el trabajo dista de ser real. El estudio estima que en 2006, a nivel nacional, el 60 por ciento de los contratos de trabajo fueron aún a tiempo parcial y sin ninguna garantía.² Como veremos, los grandes cambios se produjeron a finales de 2007 cuando Pekín introdujo una nueva legislación laboral, y a partir de 2009 con el enormemente ambicioso programa de reconversión industrial energética.

En los años noventa y durante gran parte de la primera década del siglo XXI, China es jaija para el capitalismo globalizado. Pero su gran atractivo no es tanto la facilidad con que se liquidan los

casi dos siglos de luchas obreras en Occidente, sino unos costes laborales que se mantienen constantemente bajos; un fenómeno vinculado a las grandes migraciones, con una oferta de mano de obra casi inagotable y permanente que impide que crezcan los salarios. Así, en 2004 el *New York Times* denunció que los obreros chinos ganaban lo mismo que en 1993.³

Las consecuencias de esta carrera a la baja de los salarios, como la denominan los economistas, son desastrosas para los trabajadores de las fábricas de la aldea global. La deslocalización transforma el salario mínimo en cualquier parte del globo en una especie de parámetro internacional. Stephen Roach, economista de Morgan Stanley, califica este fenómeno de «arbitraje global del trabajo» ya que las fábricas trasladan la producción de un país a otro en función del coste laboral.⁴

De este modo, en la primera década del siglo XXI, muchas empresas se trasladaron de China a Vietnam y Laos donde los salarios son más baratos. Y como los chinos tienen una profesionalidad y una ética únicas, a la que no desean renunciar los empresarios extranjeros, intentan explotarlas al mismo tiempo que se deslocalizan. En la segunda mitad de la década de 2000, China se convierte en centro de acoplamiento de la cadena de montaje mundial: las piezas se producen a coste más bajo en países limítrofes y se ensamblan en fábricas chinas.⁵ Actualmente, muchos industriales extranjeros exportan a mercados asiáticos la profesionalidad china. Un engastador de piedras preciosas de Panyu, en la zona de Shenzhen, donde se trasladó hace veinte años desde Hong Kong la industria de joyería india, cuenta que enseñó el oficio a varios indios a petición de su patrón y que éstos volvieron después a su país a trabajar en la fábrica del mismo empresario que en 2009 cerró la que tenía en China por resultarle muy cara.⁶

Como explica Stephen Roach:

La carrera a la baja de los salarios hace que obreros y comunidades ubicadas en el polo opuesto del planeta se hagan mutuamente la competencia sin saberlo. Falta lo que Marx habría definido como «una conciencia de clase global».⁷

La deslocalización opera también cual potente factor depresivo en la creación de nuevos empleos en países ricos como Estados Unidos.

Si cuesta menos producir en China o en Vietnam, ¿por qué hacerlo en Arizona? Es la lógica del industrial de hoy día; rige en su base un mecanismo perverso que a raíz de la caída del Muro de Berlín lleva a la economía global a estructurarse con arreglo a una división internacional del trabajo absurda: las fábricas de Occidente producen en Asia a costes muy baratos los artículos que se consumen en los mercados occidentales.⁸

Sí, la carrera a la baja de los salarios, la ausencia de seguridad y de garantías en el trabajo son para nosotros, occidentales, una aberración, pero no lo son para los chinos. Para cientos de millones de obreros del campo que acaban en las fábricas de Shenzhen, es una oportunidad única de ahorrar dinero y volver a sus casas con mejores perspectivas para el futuro.

Los trabajadores chinos son conscientes de que les explotan. Ésa es la primera diferencia entre estos dos mundos en apariencia tan distintos: la Inglaterra de Marx y la China de Deng.

Naturalmente, nadie está dispuesto a reflexionar sobre los riesgos a que se expone por la posibilidad de que el sueño de una vejez confortable se transforme en una pesadilla. Los trabajadores chinos, como los ingleses del siglo XVIII, no pueden permitirse ese lujo. Y aún menos las mujeres, cuya condición de sumisión al varón es tradicional en China. Para ellas, el trabajo en una fábrica es un trámite obligado para emanciparse.

La mayoría de las 87 personas muertas del incendio de la Zhi-li eran obreras, casi todas muy jóvenes, algunas incluso adolescentes, en edad como para poder divertirse con los juguetes que fabricaban.

En los años ochenta y noventa las mujeres constituían el 70 por ciento de la fuerza de trabajo en activo en Shenzhen,⁹ todas ellas trabajadoras migrantes; *dagonzei* según el término chino acuñado para quienes abandonan el campo en busca de fortuna en las fábricas de las ZEE. Las más jóvenes, por debajo de los 25 años, trabajan principalmente en la industria manufacturera ligera, como

la fábrica de juguetes Zhili, primera industria extranjera instalada en China. A los inversores les conviene disponer de obreras porque trabajan mucho y apenas conocen sus derechos. Las trabajadoras jóvenes en la industria ligera representarán muy pronto el 90 por ciento de la fuerza de trabajo.¹⁰

LA MALA CONCIENCIA DE OCCIDENTE

El milagro económico chino arrancó en Guangdong bajo la égida del capital extranjero. No es la primera vez que los extranjeros trastornan la economía del delta del río de las Perlas. En el siglo XIX, el contrabando de opio de los mercados ingleses en China devastó la región. El verano de 1839 Lin Zexu, comisario de la dinastía Qing, un cargo especial impuesto expresamente por la corte para resolver de una vez por todas el problema del comercio del opio en el país, ordenó destruir veinte fumaderos en la bahía de Humen, ciudad de Dongguan cercana a la actual Shenzhen, desencadenando con ello la primera guerra del opio entre China e Inglaterra. Hubo combates en la provincia de Guangdong y la marina británica no dudó en lanzar un bombardeo en alfombra.

Por el tratado de Nankín del 29 de agosto de 1842, que puso fin al conflicto, China tuvo que ceder a la corona de Su Majestad la bahía de Hong Kong y quedó obligada a abrir los puertos a los navíos ingleses y al comercio internacional. Fue el inicio de la dominación extranjera, un período de grandes humillaciones que provocó la caída de la dinastía Qing, una guerra civil y la invasión por parte de Japón a la que puso fin el triunfo comunista en 1949.

Este «siglo de la humillación» chino se caracteriza por las migraciones. De las aldeas en llamas del delta del río de las Perlas parte un ejército de braceros que llega al Oeste americano, absorbido en su mayor parte por la industria de los ferrocarriles empeñada en un proyecto colosal: la línea férrea de costa a costa, y son precisamente los chinos quienes la construyen, siendo éste uno de los datos menos conocidos del Far West. El nivel de explotación es inhumano y las muertes frecuentísimas. En los tramos más difí-

ciles de las Montañas Rocosas, se dice que cada milla costó la vida a cien chinos. Junto a la vía única, los supervivientes escriben en trozos de papel blanco los nombres de los caídos para evitar que se pierdan en el olvido, pues para aquella gente, que rinde culto a los antepasados, ser enterrado en tierra extranjera a miles de millas de la patria, es enormemente angustiioso por el riesgo de caer en el olvido.

La mano de obra china está muy solicitada; el pueblo constructor de la Gran Muralla tiene un currículo impecable y no hay mejores braceros en el mercado. Las compañías ferroviarias americanas envían delegados a China a reclutar mano de obra, y por apenas un dólar al día, ex campesinos y ex pescadores cruzan el océano como mercancías en la bodega de los barcos. Finalizado el tendido de las vías férreas en Estados Unidos, la mano de obra se desplaza a Canadá, llega a Vancouver y marcha en dirección este.¹¹

La situación actual es muy semejante a la del pasado, si consideramos sobre todo las modalidades inhumanas de explotación de la mano de obra china, situación que podemos encontrar incluso en la vieja Europa. No sabemos nada o casi nada, por tratarse de inmigrantes clandestinos casi invisibles.

«A un chino ilegal es difícil verlo. El chino clandestino vive en la sombra y permanece en la sombra», dice Fausto Zuccarelli, procurador general de la fiscalía de Nápoles y procurador suplente en la Dirección nacional antimafia.¹²

En 2009 se descubrió en Milán un hotel búnker en el semisótano de un edificio habitado por chinos clandestinos que tenía por acceso las bocas de la alcantarilla; lo regentaba una italiana que había hecho instalar en el reducido espacio sesenta colchones, dos váteres y una cocinita con cuatro bombonas de gas. Cables eléctricos sueltos y condiciones higiénicas miserables son las características de los trabajadores invisibles. «Una simple chispa habría causado una tragedia»,¹³ comenta un policía.

La explotación de la fuerza de trabajo oriental por parte de Occidente es una constante en cualquier lugar del planeta y, sin embargo, la opinión pública mundial está convencida de lo contrario y de que los explotadores son de piel amarilla. En el imagi-

nario colectivo de Occidente, China es un país comunista con un pueblo esclavizado por un régimen dictatorial cruel que explota a la gente. Pocos diferencian, por ejemplo, el régimen chino del norcoreano; el comunismo sigue teniendo una imagen inamovible desagradable.

Durante los años de la guerra fría, quien fomentó esta mitología, pues de eso se trataba, fue el sector de la prensa y de la política occidental a quien le interesaba mantener vigente la dicotomía entre el bien y el mal, una estampa en que se enaltece a la democracia occidental, tergiversando el resto. Según este principio, los explotadores son los empresarios comunistas chinos y no nuestros compatriotas.

Concluida ya la guerra fría hace veinte años, esta visión simplista goza aún de numerosos seguidores en el marco de la ignorancia generalizada respecto a aquella remota región del planeta.

«En Occidente hay, por una parte, gente que todavía se imagina que los chinos son un pueblo que viste uniforme y agita un libro rojo y, por otra, un país de explotadores superrricos», resume en una entrevista Arthur Kroeber, director general de Dragonomics, un centro de investigación de Pekín.¹⁴

La generación de políticos que ascendió al poder en Occidente tras la caída del Muro de Berlín no hace nada por contradecir esta cómica visión de China e incluso contribuye a crear nuevos mitos que la refuerzan. Timothy Geithner, recién nombrado por la administración Obama secretario del Tesoro americano, denunció a China por no revaluar su moneda, una política que, según él, apunta a mantener alta la competitividad del *Made in China*. Esta propaganda desvía la atención de la opinión pública sobre la crisis del crédito y la recesión creada por Wall Street, cuyos principales autores son ahora consejeros del nuevo presidente americano. Planteémonos quién ha ganado más durante estos años en que los productos chinos han dominado el mercado internacional. Las empresas extranjeras que los han fabricado en China y no los chinos que trabajan en la cadena de montaje.

UNA VERDAD REALMENTE INCÓMODA

Para nosotros, occidentales, la verdad es muy indigesta. Para modernizar China, Deng ha echado los cimientos de un sistema de explotación de la mano de obra, cierto; pero quienes han recreado en el país las condiciones inhumanas de la Revolución industrial han sido los empresarios de las democracias occidentales. Podemos ver la confirmación a la vuelta de la esquina, en las fábricas europeas de la alta costura, por ejemplo, donde según la OIT los clandestinos chinos se desloman día y noche por salarios misérrimos.¹⁵

La verdad es, por otra parte, peligrosa, porque daría qué pensar sobre el papel que las grandes empresas occidentales desempeñan en la aldea global y sobre el que atañe a los consumidores. El boicot a los productos de los responsables de tan inhumana explotación no es una posibilidad tan remota. Pero ¿tenemos valor para hacerlo? El *establishment* cree que sí y por ello ningún periódico denuncia en sus artículos a quienes, entre otras cosas, pagan opíparamente los anuncios publicitarios de sus páginas.

La verdad es muy compleja, además. La explotación de la mano de obra china es cruel, pero reporta bienestar en China. Es cierto que en los años ochenta y noventa fueron los industriales extranjeros quienes se beneficiaron de las enormes ventajas de la deslocalización, pero también es cierto que en los últimos treinta años las condiciones de vida del pueblo chino han mejorado significativamente gracias a ello.

El padre Mario Marazzi, un misionero que ha vivido cuarenta años en Cantón, está de acuerdo respecto al hecho de que finalmente China ha salido del yugo de la pobreza. Afirmación que confirma el informe del Fondo Monetario Internacional publicado en diciembre de 2009: desde 1950, cuando la renta per cápita tocó fondo, la economía china ha experimentado enormes progresos, y en 2009 equivalía al 13 por ciento de la mundial. La meta marcada por Deng a finales de los años setenta, la modernización del país, está cada vez más cerca. Éste es quizás el mayor obstáculo para nosotros, occidentales: admitir que un régimen co-

munista haya hecho en China lo que el capitalismo hizo en Inglaterra hace dos siglos y que dos mundos paralelos, el de Marx y el de Deng, en tan sólo dos siglos estén a punto de coincidir. Y que los «malos» sigan siendo nuestros empresarios. Pero ¿ha sucedido exactamente así?

También la Revolución industrial tiene una mitología que hunde sus raíces en la batalla ideológica de aquella época y que aún hoy nos hace ver el fenómeno desde el punto de vista social como una aberración y no como una terapia necesaria para el progreso humano. De esta mitología nace la idea del bien y el mal en la economía. Escritores como Charles Dickens contribuyeron a crear tales mitos hablando de un mundo tajantemente dividido entre el bien y el mal. Además de la intención de esos autores de relatar para sus lectores las grandes transformaciones de una época, resulta que esta visión maniquea del mundo es uno de los mejores cañamazos para una novela.

Dickens no era cronista ni analista, sino un narrador a quien con cierta audacia se podría definir como el autor de la *pulp fiction* del siglo XIX. Sobre el fondo de los grandes cambios en curso, contaba de un modo simple y lo más apasionado posible lo que los lectores querían leer. Era una fórmula muy recurrida: una trama en la que mujeres y niños padecen la explotación de una sociedad que se industrializa. Son historias inmortales que han tenido el mérito de perfilar los fantasmas propios de la época, pero que no agotan necesariamente todos los aspectos de la realidad. Así, en *Tiempos difíciles*, la obra que mejor describe las consecuencias de la Revolución industrial, el autor nunca se detiene a mirar el mundo que cambia con los ojos del campesino transformado en obrero, sino que más bien se vuelca en juzgar al capitalismo explotador.

Pero no deja de ser un hecho que, en Inglaterra, la división del trabajo y las invenciones tecnológicas producto de la Revolución industrial mejoraron las condiciones de vida de los pobres.

Dice W. H. Hutt en su ensayo de 1925, *The Factory System of the Early Nineteenth Century*:

En cuanto a los obreros, los campesinos ingleses vivían en la pobreza absoluta, y el trabajo que los niños del campo tenían que realizar era mucho más inhumano que el que desarrollaban en las fábricas. <<http://mises.org/daily/2443>>.

En un estudio de T. S. Ashton citado por Hutt se demuestra que en 1831 el coste de la dieta estándar de los pobres en Inglaterra era idéntico al de 1791. Pero trabajando en las fábricas y percibiendo un salario podían permitirse comer más. Lo mismo puede decirse de la industrialización china: en los años cincuenta y sesenta, los campesinos morían de hambre y a partir de su metamorfosis en obreros migrantes tienen indudablemente el estómago más lleno.

En comparación con los siervos de la gleba y los esclavos de siglos anteriores, los obreros descritos por Dickens en *Tiempos difíciles* eran afortunados. También los chinos que trabajan en nuestros países tienen a diario perspectivas mejores que sus abuelos y bisabuelos, sojuzgados por la colonización occidental. La historia de Fratellone, un chino clandestino de 40 años que en 2004 trabajaba de soldador en una ciudad de Toscana, ilustra bien este aspecto desconocido de la explotación capitalista.¹⁶

Fratellone ganaba entre 700 y 800 euros al mes. Una miseria según nuestros parámetros, pero todas las fábricas en que trabajó le facilitaron comida y vivienda, por lo que era capaz de enviar a casa 600 euros mensualmente. Desde que está en Italia ha devuelto el dinero que le prestaron para el viaje y se ha comprado una casa en China. Su sueño es regresar a su país con 200.000 o 300.000 yuanes (de 20.000 a 30.000 euros) para comprar una vivienda a sus dos hijos y vivir una plácida vejez. Es una meta factible, que sus padres ni siquiera habrían podido soñar. Hacerla asequible a su generación ha sido obra de la política de «puertas abiertas» y de la globalización.

No fue Dickens el único en no ver en la Revolución industrial ningún aspecto positivo para los explotados. Es bien conocida la famosa frase del economista Thomas Malthus: «El aumento de la riqueza de las naciones ha contribuido poco o nada a la mejora

de las condiciones de vida de los pobres». En el lado contrario de la barricada se sitúa Adam Smith que, como dijimos, vio en el egoísmo del capitalismo naciente el poder divino de la economía mediatizado por la «mano invisible» del mercado. ¿Y quién se situó en un término medio? Precisamente Marx.

Karl Marx condenó los modos de producción pero no rechazó *todo* el proceso porque era consciente de que la industrialización, cuyos problemas conocía bien, forma parte del progreso y es una fase necesaria del materialismo histórico, y consideraba que la explotación de la mano de obra es una etapa indispensable para alcanzar la dictadura del proletariado. El mismo razonamiento llevó a Deng Xiaoping a lanzar la política de «puertas abiertas». Deng actualizó a Marx aplicándolo a la China de finales del siglo XX.

Al margen de la mitología pasada y actual, la Revolución industrial es, a la vez, la gloria y la vergüenza de la burguesía occidental. Por vez primera en la historia el control de la economía rompió amarras con el origen noble, y ello fue una importante conquista. Del mismo modo, el capitalismo chino es la gloria y la vergüenza del marxismo. Su principal conquista es haber hecho asequible la riqueza a todos sin destruir el socialismo.